

El virus y la mano extendida

Ninguna epidemia o pandemia de las que han afectado a la humanidad se ha rendido sin antes dejar profundas huellas. Demarcan eras. Así lo confirman los historiadores que asocian, por ejemplo, el fin de la peste negra, que azotó en el siglo XIV a Europa, matando entre el 30 y el 60 % de su población, con el fin de la era del feudalismo. La gripe española (que no nació en España) mató a entre 20 y 100 millones de personas entre 1918 y 1920. Los historiadores dicen que dejó abierto el camino a la urbanización y a la economía industrial. Muchos años después, el VIH cambió las costumbres sexuales, dejando sembrado para siempre, quizás, el hábito del uso del condón.

Y, aunque aún es prematuro asegurar cuáles serán los cambios que traerá consigo el coronavirus, es seguro que muchas cosas no volverán a ser iguales en el planeta. El teletrabajo habrá llegado para quedarse, como un mecanismo para tener espacios físicos laborales más reducidos y menos gente atestando los buses de servicio público, desplazándose hasta el otro extremo de la ciudad a trabajar. Y, ¡por fin!, el lavado de manos será considerado una costumbre seria. Mientras, las relaciones interpersonales quién sabe si algún día, cuando esto pase, recuperarán la calidez que alguna vez tuvo saludarse de beso en la mejilla o con un fuerte apretón de manos.

Por lo pronto, en la escala de 13 pasos para defenderse de una epidemia o de una pandemia, muchos



El cariño, de lejitos
María Isabel Rueda

países, más rápido que otros, ya han recorrido varios. El primero y más elemental era poner a la gente a lavarse las manos. Pero van aumentando las medidas que tendrán un fuerte impacto en la vida diaria. En EE. UU., por fin Trump descubrió que el coronavirus es una amenaza real. Aunque se recomienda a la gente que pueda hacerlo trabajar desde su casa, salvo en muy pocos países, se ha implantado el cierre obligatorio de fábricas o industrias o el acordonamiento completo de ciudades para controlar el contagio. De que ello no es un imposible ni siquiera en Colombia, sin descartar en primera medida a Bogotá, da fe el anuncio de las medidas preventivas contra el virus por la alcaldesa Claudia López, en el que dejó deslizar, sin que la gente se diera mucha cuenta, el concepto de que todo sacrificio que se haga ahora es preferible a un toque de queda en la ciudad, que ya no incluya solamente cierre de colegios y universidades, cancelación de conciertos y eventos deportivos, ceremonias masivas en las iglesias, congresos, viajes de placer o empresariales, sino, de verdad verdad, acuartelamiento obligatorio y multas y hasta cárcel por salir a la calle sin necesidad.

De los errores tenemos que aprender. Entre los países más afectados, China trató de tapar del mundo los primeros brotes del virus, hasta que ya no pudo más. Irán, algo parecido. Italia más bien se burló de la histeria del coronavirus hasta que le tocó mandar al país a la casa. Colombia ha logrado demostrar que tiene un gobierno alerta, aunque en el caso

de los cruceros nos dejamos coger bobamente una ventaja en el puerto de Cartagena y tarde se tomó la decisión de prescribirlos por un tiempo. El Dorado también ha demostrado huecos. Pero la amenaza más grande sigue siendo la frontera con Venezuela.

Si nos va bien, y logramos que nuestro entorno y nosotros mismos esquivemos la crisis, quedaríamos obligados a habituarnos a cosas que normalmente nos parecerían estéticamente tremendas. Empezando por el uso de mascarillas, que son horribles y de entrada producen asco, y que las autoridades sanitarias hoy solo recomiendan o para quienes están contagiados o están cuidando un enfermo. Si eso se cumpliera a rajatabla, habría que salir desprovisto a la simple vista de alguien con la marca de la máscara. Otra palabra horrorosa que entra en nuestras vidas es 'gotícula'. Porque las gotículas, cuya sola mención también da asco, son la autopista del coronavirus. Las emitimos las personas cuando tosemos, estornudamos, exhalamos o hablamos. Por lo tanto, no se recomienda estar a menos de un metro de nuestro interlocutor.

Por último, confieso que hasta ahora no me he atrevido a dejar a una sola persona con la mano extendida. Me muero de la pena. En cambio, a mí sí me han cambiado la mano por el *punch* del puñito. Y toca colaborar. Pero no solo este tipo de cosas pequeñas, sino otras más grandes, como la forma como trabajamos o nos congregamos, dejarán profundos cambios, y algún día estaremos contando el cuento que todavía no tiene final feliz: el día en que la humanidad derrotó la pandemia del coronavirus. Para entrar, en unos años, en la siguiente que venga.

Entre tanto... Así sea el virus de la inteligencia artificial.

EN CARICATURA

30 años de un camino



matador.

La pandemia y la crisis económica

La declaratoria del coronavirus como pandemia por la OMS era previsible. Las medidas radicales de algunos países para enfrentarla, como el cierre de las fronteras de Italia y la prohibición de vuelos desde Europa hasta Estados Unidos, muestran la incertidumbre que rodea el fenómeno, incluso para las propias autoridades sanitarias del mundo entero.

El pánico se ha apoderado de los mercados y no necesariamente se detendrá, porque los impactos de la pandemia nos atropellan todos los días y faltan, por ese motivo, más medidas de distintos gobiernos. El impacto sobre Colombia se ha dado en particular a través de los mercados del petróleo y cambiario.

El enfrentamiento entre Arabia Saudita y Rusia en torno a cómo controlar la oferta del crudo para enfrentar la disminución de la demanda dio lugar al colapso de los precios. Aunque no se puede descartar un acuerdo entre estos dos países, los precios del petróleo continuarán bajos, entre otras razones porque tienen ciclos más marcados que los de otras materias primas y estamos en la fase descendente del ciclo.

La caída de los precios del crudo hizo nuevamente evidente que el principal problema estructural que enfrenta la economía colombiana es la falta de diversificación exportadora. Esta situación se verá agravada en el corto plazo porque el sector exportador más dinámico de los últimos años, el turismo, se verá afectado.



Efectos y medidas
José Antonio Ocampo

Por eso, la adopción de una política ambiciosa para aumentar las exportaciones no petroleras debe ser la principal respuesta a la crisis. Sus efectos serán moderados en el corto plazo debido a las enormes incertidumbres que rodean a la economía y el comercio mundiales, pero es esencial para garantizar el crecimiento más allá de la coyuntura.

La flexibilidad del tipo de cambio ha sido clave para manejar las presiones sobre el mercado cambiario. La decisión del Banco de la República, el jueves pasado, de lanzar una especie de seguro cambiario fue positiva, aunque deberá estar atento para intervenir más activamente en el mercado si es necesario. Por lo demás, el país tiene un buen nivel de reservas internacionales (aunque hubiera sido mejor acumular aún más en años anteriores) y tiene también acceso a los recursos de la línea de crédito flexible del FMI.

La situación fiscal muestra también debilidades. La caída de los impuestos a la renta

de las empresas petroleras y de los dividendos de Ecopetrol agravará los efectos de la disminución de los ingresos fiscales, como resultado de la reforma tributaria del año pasado. El sector salud demandará además nuevos recursos, y el Gobierno deberá responder a las demandas sociales que vivimos en el 2019, a las cuales se agregarán las de sectores afectados por la crisis. Por este motivo, el Gobierno debe aumentar los ingresos tributarios, incluso revertiendo parte de los beneficios otorgados en la reforma del año pasado.

Las noticias positivas son varias: las señales de reactivación no se han detenido, el sector financiero está en una situación sólida, el Banco de la República lanzó buenas medidas para garantizar la liquidez, la inflación se encuentra dentro del rango en torno a la meta del 3 por ciento, y la devaluación tendrá efectos muy moderados sobre esta variable.

El impacto en la actividad económica es, en todo caso, incierto. Habrá sectores que se verán negativamente afectados, como el turismo, los restaurantes, la navegación aérea y las actividades culturales y deportivas. Hay, sin embargo, sectores que se benefician de la coyuntura, entre ellos el cafetero y otros de exportación, así como los que compiten con importaciones. Si se deteriora la actividad productiva, existe además la posibilidad de reducir la tasa de interés y lanzar algunos programas específicos de gasto público.



Tiro directo
Mauricio Vargas

Los ricos también lloran

“Por ahora, es una enfermedad de países ricos”, me dijo el jueves un médico, y me invitó a revisar el mapamundi que *The New York Times* actualiza cada hora sobre la expansión del coronavirus. Excepto Irán, entre los diez países con más enfermos solo hay naciones pudientes: China, Italia, Corea del Sur, España, Alemania, Francia, Estados Unidos, Japón y Suiza, casi todos con decenas, cuando no cientos y hasta miles de muertos. Les siguen otros ricos: Dinamarca, Noruega, Países Bajos, Suecia, el Reino Unido, Bélgica y Austria, con menos muertes pero con centenares de casos.

En contraste, la mayoría de África está libre del virus, y en cuanto a América Latina, solo Brasil se acerca al centenar de enfermos. En Colombia, con 16 casos confirmados mientras escribo esta columna, el Gobierno ya adoptó medidas que Estados Unidos y los países europeos tardaron muchos días en dictar.

A diferencia del ébola, que se cebó en los niños de los países pobres, el coronavirus golpea mucho más duro a los adultos mayores de los países ricos. Claro, esas naciones están en el hemisferio norte, donde el invierno ha contribuido a la propagación, pues, según hipótesis, el coronavirus crece con las temperaturas bajas y sobrevive mal en los climas tropicales. Pero además, en esas naciones la gente viaja mucho, lo que facilita el contagio.

Aun con esos atenuantes, la lentitud y torpeza de algunos de esos gobiernos han resultado fatales. En Italia dejaron pasar horas críticas sin adoptar medidas. En Estados Unidos, Donald Trump —el ignorante que se cree sabio— se empeñó en despreciar el virus y decir que sería pasajero, y eso disparó contagios y muertos. Esta semana prohibió los vuelos desde Europa, ahora que el virus ya camina por decenas de ciudades y la medida resulta poco eficaz.

Lo de España merece mención aparte: el gobierno socialista de Pedro Sánchez autorizó, para el domingo 8 en Madrid, una manifestación contra la violencia de género, apoyada por Irene Montero, ministra de Equidad y pareja de Pablo Iglesias, el líder de Podemos, miembro de la coalición en el poder. Montero encabezó la marcha de 120.000 personas, que organismos de salud habían desaconsejado, pues el país ya sumaba más de mil enfermos y decenas de fallecidos. Tras la manifestación, las cifras se triplicaron y hasta le diagnosticaron el virus a la ministra Montero.

En Colombia no nos podemos descuidar. El Gobierno ha tomado medidas, pero no quiere afectar la economía más de la cuenta. Ordenar desde ya cierres masivos de colegios, fábricas, oficinas y comercios puede disparar el desempleo más de lo que, de por sí, lo subirá la crisis económica mundial por la pandemia: las bolsas de valores registraron caídas catastróficas esta semana, y muchos expertos dan por segura una recesión planetaria.

Hay dos golpes durísimos para Colombia: el derrumbe de los precios del petróleo, que en una semana pasaron de 52 a 35 dólares, y la disparada del dólar a más de 4.000 pesos. Por lo primero, el país puede perder miles de millones de dólares en exportaciones; por lo segundo, la deuda externa se va a encarecer mucho. Ojalá que los casos no se disparen y el país evite medidas más severas.

La luz al final del túnel es que en China, donde surgió el virus (80.000 casos y 3.200 fallecidos), el número de nuevos contagios descendió fuerte esta semana: quizás, allá lo peor haya pasado. En Colombia preocupa que nada se sabe de Venezuela, con la que tenemos una frontera de 2.200 kilómetros más de, a más de los pasos vigilados, hay decenas de trochas imposibles de monitorear. El vecino registra solo dos casos: ojalá que sea porque allá no viaja nadie debido al colapso económico y social, y no porque el sistema de salud está en ruinas y los casos no son detectados.